

**TRIBUNA ABIERTA**

**MARIATE COBALEDA**  
 Doctora en Filosofía. Miembro-  
 cofundadora de la "Sociedad  
 Castellano-Leonesa de  
 Estética y Theoría del Arte"

# "Paseo entre toros", espejo de Humanidad

**L**a exposición por las calles de Salamanca, "Paseo entre toros", me resulta una idea original, interesante y sugerente, que, sin embargo, está suscitando diversas opiniones encontradas. Alrededor de un centenar de toros —el mismo modelo y con distintos colores— están siendo diseminados por las calles de nuestra ciudad. Salamanca intenta así mostrarse ante el turista y visitante, subrayando su emblema cultural, que es el toro. Hace unos días, el 18 de julio, el poeta y colaborador de este periódico, Raúl Vacas, mostraba su desencanto y animadversión hacia esta exposición.

## El toro, espejo de Humanidad

Sin embargo, nos guste o no, habremos de reconocer que esta exposición tiene un enorme interés antropológico, aunque no ya artístico. Porque si es verdad que el toro es el símbolo de la humanidad, estos toros lo son. Estos toros son fiel reflejo del hombre de hoy en día, perdido en el sofisticado laberinto de la técnica, de lo artificial y artificioso. Del mecanicismo. De los productos que no son fruto. Productos que se consumen sin consumarse.

Como este toro de poliéster es el hombre ciudadano, que vive de espaldas al campo y a todos los valores y virtudes que imprimen el Cosmos y la Naturaleza. Virtudes olvidadas hoy en día, como la nobleza de los trigos, o la pureza del rocío que destila en agua purísima nuestras resacas y frustraciones. Valores como la fortaleza de la encina, casta y buena, según la sintió Machado, que nos mues-  
tra la

entereza de la vida venciendo fríos y hielos del invierno, vientos y sequedades del estío. Encina que se convierte en espejo de superación heroica de las dificultades de la existencia humana.

¡Qué pena me dan estos toros, que no pueden barruntar primaveras, ni lluvias, ni hielos en los vientos! Ni contemplar la luna grande que sale desde el agua de la charca para enamorarse. Son toros descastados. Toros de ciudad. De la civilización de los *light*, de lo insípido y desnaturalizado. Toros desplazados, plastificados, de colores calientes y refrescantes que huelen a piscina. Toros creados para la diversión, para la comedia y la frivolidad. Toros ligeros en los que, aunque lleguen hasta los 600 kilos, no pesa la honda gravitación del destino humano. Toros disfrazados de Supermán. Toros que llevan la impronta del más genuino cubismo picassiano o del más puro arte pop. Toros azules del sueño, que intentan albergar nuestras más hondas estrellas, como el de la Plaza Mayor, que fue decapitado el primer día. Toros de poliéster que han dejado de bramar, de pastar y de rumiarse las horas silenciosas y mansas de la tarde de estío. Así somos... como estos toros inmóviles y vacíos por dentro, sin alma, sin corazón, sin sangre. Toros que parecen haber olvidado que pasear es esperar la eternidad o contemplar la vida desde el corazón.

## Cultura: hondo bramido de campo

Nos hemos convertido en estos toros ciudadanos, sin trapío y sin belleza profunda, a los que

sólo les queda la forma sin el fondo. Vivimos en un mundo artificial, en el que lo tecnificado y la producción sustituyen al ámbito cósmico y mágico donde se cría y se alimenta la bravura y la nobleza de los toros de misterio. Toros bañados con la noche, bautizados con la luz temprana de la aurora, como los "toros zaínos que España cría en su tierra", según apuntaba García Lorca en "Mariana Pineda".

No cabe duda que esta exposición taurina es una rica y sabrosa terapia que nos brinda nuestra ciudad cultural. Estos toros, desde su impostura y falsedad, nos hacen soñar con los auténticos y genuinos toros bravos de nuestro Campo Charro. Y a través de ese sueño, de esa deficiencia o nostalgia, recuperamos el campo. Volvemos a sentir la ineludible necesidad de campo. "Lo que nos falta, nos tiene", afirma la Estética Originaria. No debemos olvidar que la profunda cultura —según su etimología—, es *cultivo* de la tierra.

Desde hace unos días se puede escuchar un bramido silencioso y sordo en toda la ciudad. Es el toro arquetípico de Salamanca. Es el espíritu del trigo, de los robles y las encinas que brama todavía en el corazón de los salmantinos. Sin duda, estos toros despiertan en nosotros la necesidad de bautizarnos en la Naturaleza y en el Cosmos. Tal vez, desde sus límites, nos hacen soñar con nuestro toro emblemático, mítico y originario, capaz de convertir a Salamanca en capital de la cultura europea: en la estrella estremecida de un cielo universal. Salamanca no debe perder jamás sus orígenes. Ha de mirar su estrella altísima, su vuelo, sin quebrantar las raíces que le unen a la tierra. Debe crecer fuerte, robusta y arraigada: como las encinas de nuestro Campo Charro, que nos prestan el modelo para ser europeos, sin dejar de ser salmantinos de alma o charros de corazón.

Al contemplar estos toros artificiales de la exposición urbana y callejera echo de menos el campo y siento que me falta el aire nuevo de la tarde, y el agua fresca de la fuente escondida en la espesura. Pero, seguramente, nuestros visitantes tardarán en olvidar su "paseo entre toros" por nuestras calles y monumentos de piedras eternas. Y sé que muchos de ellos recordarán a Salamanca como la ciudad de los toros. Ojalá nosotros con esta exposición aprendamos a mirar desde el corazón a las estrellas, y a escuchar el bramido de un toro inmortal y eterno que desde nuestros montes nos devuelve la inocencia primera y nuestra casta originaria.

